

**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DEL
OESTE**

TOMO II

La revista norteamericana *The Saturday Evening Post* ha realizado la presente selección escogiendo los mejores relatos del Oeste publicados en sus páginas durante los últimos sesenta años. Las narraciones que contiene este volumen presentan sin duda, un estilo cuidado, y resultan de lectura fácil y amena. Lo que puedan tener en ocasiones de ingenuo, queda compensado por el colorido del ambiente y la gran fuerza de atracción que tiene todo tema de acción presentado con soltura. El asunto, la trama del episodio, que en ocasiones se repite, ya lo conocemos: la inevitable caravana que se adentra por tierra peligrosa, el no menos inevitable *saloon*, el linchamiento injusto, las galopadas, las flechas que silban, los tiros, los puñetazos... y casi siempre girando todo ello alrededor del eterno tema sentimental. Entre los autores seleccionados figuran Bret Harte, Mark Twain, O'Henry y Jack London.

Índice de contenido

Introducción

De cómo Santa Claus llegó a Simpson's Bar (Bret Harte)

La suerte de Roaring-Camp (Bret Harte)

El socio de Tennessee (Bret Harte)

El idilio de Red-Gulch (Bret Harte)

Los expulsados de Poker-Flat (Bret Harte)

El entierro de Buck Fanshaw (Mark Twain)

Historia de un correo a caballo (Carlos Dickens)

La historia del «coroner» (William A. Baillie)

Vacaciones en el banco (Edwin Corle)

La novia llega a Yellow Sky (Stephen Crane)

Un hombre y... otros más (Stephen Crane)

La reforma de Calíope (O'Henry)

Los pastelillos de pimienta (O'Henry)

Milagro al atardecer (O'Henry)

La mina perdida (Thomas Allibone Janvier)

El cañón All Gold (Jack London)

La incursión de los navajos (Albert Pike)

Muerte en Dun River (Nina Mc. Cornack)

Dejad que la bandera ondee libremente (Phoebe y Todhunter Ballard)

El perro (William Faulkner)

Los lazos de la camaradería (Philip Verrill)

El barril de sangre (Al Jennings)

Notas

INTRODUCCIÓN

Podemos considerar que la novela del Oeste hace su aparición al establecerse los colonos europeos en el actual territorio de los Estados Unidos.

Los primeros relatos de estos emigrantes son de carácter costumbrista. La tipología básica del género salta a la literatura: indios, cazadores, granjeros... Pero, al lograr la independencia, la nueva nación trata de incorporarse a las corrientes románticas europeas, olvidando por tanto los temas que le son propios. No obstante, en esta época, James Fenimore Cooper escribe su serie de novelas protagonizadas por «Ojo de Halcón», contrafigura del explorador Daniel Boone.

Sorprende un poco que incluso en las obras de escritores típicamente americanos, como Nathaniel Hawthorne, se prescindiera por completo de la situación «sui generis» del sector oeste de su territorio. La explicación de este fenómeno se ha de buscar en la dificultad de desplazamiento existente en la época y en la escasa importancia de estas tierras, débilmente pobladas por los indios. Por las mencionadas razones, los americanos se encuentran tan lejos de ellas como los habitantes de cualquier nación europea de sus colonias.

De esta primera etapa americana, quedan varios libros de viajes por el Oeste y algunos relatos, fruto todos ellos de la experiencia personal, como los de Albert Pike, que recorrió la frontera, hasta Nuevo Méjico, entonces parte de la república azteca.

Hasta que surge la fiebre del oro en California, en 1849, el interés de la nación no se fija en los territorios del Oeste, arrebatados a Méjico en su mayor parte. Los primeros westerns nacen del alud de emigrantes que provocó este acontecimiento.

Al principio, en cierto modo, se basan también en experiencias personales, puesto que los dos autores más destacados del momento, Mark Twain y Bret Harte, habían vivido en California. El primero, tratando de hacer fortuna en las minas; el segundo, casi un adolescente, para reponer su débil salud.

Muchos críticos literarios americanos acusan a ambos, aunque más al segundo que al primero, de haber deformado la realidad, presentando un Oeste falseado. Es muy probable que así sea, pero Bret Harte supo inyectarle tanto vigor en sus relatos que, para todos los lectores, los mineros californianos eran como él los describió. Prueba de ello es su manifiesta influencia en los cultivadores del género que le han seguido. Asimismo, quizás el léxico que emplea Mark Twain no coincida exactamente con el usado en el Oeste, pero ya no es posible pensar en otro.

El interés que despertó en Europa la epopeya californiana hizo que algunos escritores que conocían América, como Mayne Reid, Gustavo Aimard y el mismo Carlos Dickens, probaran fortuna con este tema. Hasta el vizconde de Chateaubriand lo toca en sus libros sobre la Luisiana y la Florida.

Por el contrario, en los Estados Unidos se mantiene, durante muchos años, en manos de Ned Buntline y otros colaboradores de revistas infantiles, pese a los esfuerzos de auténticos escritores. Debía pasar algún tiempo aún antes de la aparición del revalorizador del western: O'Henry. Hombre oriundo de la costa atlántica que vivió en Tejas, como vaquero, según él mismo nos dice, y que recorrió casi todo el Oeste.

En sus obras se advierte la influencia de Bret Harte y de Mark Twain. Del primero toma el rudo e ingenuo sentido del honor; del segundo, su lenguaje pintoresco y su ironía.

Una vez superadas las influencias europeas, el ambiente literario americano estaba predispuesto para aceptar a un novelista verdaderamente autóctono. Y lo acepta sin reservas.

O'Henry abre la puerta a otros escritores y periodistas que, habiendo viajado por los territorios del Oeste, les dedican algunas de sus obras.

Los relatos correspondientes a este largo período, desde la Guerra Civil a la de Cuba, están impregnados de un fuerte americanismo que, más tarde, al contrastarlo con el mundo exterior, amargaría a la generación perdida. Un americanismo que crea un sentido racista anglosajón frente a la América española. Los escritores de esta época reflejan y comparten este sentimiento, pese a seguir blandiendo la «bandera de la libertad de sus antepasados».

Hasta cierto punto dignificado, el western tuvo cultivadores de mejor calidad, como Zane Grey, Peter B. Kyne, y otros, que lo hicieron ingresar en el panorama literario.

Desde entonces, los novelistas americanos no han podido prescindir de él, han ido convenciéndose de que forma parte de su historia y, por tanto, muchas firmas de prestigio, como William Faulkner, John Steinbeck, Howard Fast, etc., han incluido en su temática un género que, hasta hace pocos años, era considerado apto solamente para publicaciones infantiles.

DE CÓMO SANTA CLAUS LLEGÓ A SIMPSON'S BAR

BRET HARTE

ESTABA lloviendo mucho en el valle del Sacramento. El North Fork^[1] se había salido de madre y era imposible cruzar el Rattlesnake Creek^[2].

Los pocos cantos rodados que señalaran el vado de verano en el cruce de Simpson, desaparecían bajo una enorme extensión de agua que alcanzaba la base de las montañas.

La diligencia ascendente tuvo que detenerse en casa de Granger; el último correo fue abandonado y su jinete salvó la vida a nado.

«Una área», afirmaba el *Sierra Avalanche* con calculado orgullo local, «tan grande como el Estado de Massachusetts, se halla, a estas fechas, inundada». El tiempo no era mejor en la sierra.

El camino de la montaña estaba enfangado. Galeras que ni la fuerza física ni el ingenio podían arrancar de los baches en que habían caído, obstruían la carretera, y los tiros de caballos rezagados y las blasfemias mostraban el camino de Simpson's Bar^[3].

Más allá, aislado e inaccesible, batido por la lluvia, azotado por un viento furioso y amenazado por la subida de las aguas, Simpson's Bar, en la Nochebuena de 1862, colgaba como un nido de golondrina del rocoso entablamen-

to de rotos capiteles de Table Mountain^[4] y temblaba ante la borrasca.

A medida que la noche descendía sobre el campamento, unas luces brillaron, a través de la neblina, desde las ventanas de las cabañas a ambos lados del camino, surcado entonces por riachuelos desordenados que barrían fuertes vientos.

Por fortuna, la mayoría de los vecinos estaban reunidos en el almacén de Thompson, alrededor de una roja estufa, en la cual escupían silenciosamente con tan ostensible y unánime acuerdo que suplía toda conversación.

Hacía ya mucho tiempo que los medios de entretenimiento se habían agotado en Simpson's Bar; la subida de las aguas suspendió las faenas normales de las minas y del río, y la subsiguiente falta de dinero y de *whisky* quitaban el gusto hasta para el más ilegítimo recreo.

Mr. Hamlin había abandonado el campamento con cincuenta dólares en el bolsillo, única cantidad que logró ahorrar de las grandes sumas que llevaba ganadas en el lucrativo ejercicio de su ardua profesión.

—Si me pidieran —declaró más adelante— que señalara una bonita aldea en donde un jugador retirado, a quien no le importase mucho el dinero, pudiera ejercitarse a menudo y alegremente, respondería que Simpson's Bar; mas para un joven con una numerosa familia que dependa de su trabajo, no da lo bastante.

Como la familia de Mr. Hamlin la formaban únicamente damas elegantes, citamos esta observación, más para dar idea de su humor, que de sus deberes.

Los objetos inconscientes de tal sátira hallábanse reunidos esta noche con indiferente apatía, engendrada por la pereza y el aburrimiento.

Ni el repentino resonar de los cascos de un caballo ante la puerta, les hizo volver en sí.

Sólo Dick Bullen se detuvo en la tarea de vaciar su pipa y alzó la cabeza, pero ningún otro demostró el menor inte-

rés hacia el recién llegado ni manifestó conocerle.

Era una figura bastante familiar a los reunidos. En Simpson's Bar le llamaban «El Viejo».

Tendría el hombre unos cincuenta años; de cabello escaso y entrecano, pero aún parecía de complexión fuerte y juvenil; su cara simpática y complaciente tenía una aptitud casi como la del camaleón para adoptar el matiz y el color de las opiniones y estados de ánimo de los que le rodeaban.

«El Viejo» acababa, sin duda, de dejar a unos compañeros muy divertidos, así es que de pronto no se dio cuenta de la seriedad del grupo, limitándose a golpear amistosamente la espalda al más próximo y sentarse después en una silla desocupada.

—¡Acabo de oír la cosa mejor del mundo, muchachos! ¿Conocéis a Smiley, el de allá abajo, Jim Smiley, el hombre más divertido del campamento? Pues Jim nos estaba contando el cuento más gracioso de...

—¡Smiley es un imbécil! —interrumpió una voz sombría.

—Una rata apestosa —añadió otro, en tono sepulcral.

Siguió una pausa a estas declaraciones categóricas.

«El Viejo» lanzó una mirada rápida sobre el grupo. Luego, su rostro fue transformándose poco a poco.

—Es verdad —dijo, después de un momento de reflexión—, es realmente una especie de rata y algo tiene de imbécil. No hay que negarlo.

Calló un instante, como en dolorosa meditación de la ignorancia y estupidez del impopular Smiley.

—Mal tiempo, ¿verdad? —añadió engolfándose en la corriente de sentimiento general—. Mala papeleta para los muchachos, y poco dinero correrá esta temporada... Y mañana es Navidad.

Hubo un movimiento entre los concurrentes al anunciar esto, pero no se traslució claramente si era de satisfacción o de disgusto.

—Sí —continuó «El Viejo» en el tono lúgubre que involuntariamente adoptara en los últimos momentos—; sí, Navidad, y hoy es Nochebuena. Mirad, chicos, se me ocurrió la idea, así de pronto, de que tal vez os gustaría veniros a mi casa, y divertirnos un poco. Pero ahora supongo que no tendréis ganas... ¿tal vez no os halléis en buena disposición? —añadió con simpática actitud observando las caras de sus compañeros.

—No diré que no —respondió Tom Flynn, algo más animado—. Pero, ¿y tu mujer, «Viejo»? ¿Qué dice ella?

«El Viejo» titubeó.

Las experiencias conyugales no habían sido felices para él, y el caso era muy conocido en Simpson's Bar.

Su primera esposa, una mujercita delicada y bonita, había sufrido viva y secretamente las celosas sospechas de su marido, hasta que un día éste convidó a su casa a todo el campamento para hacer patente su infidelidad.

Al llegar la partida, encontraron a la tímida e inocente criatura apaciblemente ocupada en sus obligaciones domésticas y se retiraron avergonzados y corridos.

Pero aquella sensitiva mujer no se repuso fácilmente del choque de tan extraordinario ultraje.

Con dificultad recobró el aplomo preciso para dar suelta a su amante, del armario en que estaba escondido, y escaparse con él. Para consuelo de su esposo abandonado, le dejó un niño de tres años.

La actual consorte de «El Viejo» había sido su cocinera; era mujer corpulenta, leal y agresiva.

Antes de que aquél pudiera contestar, Joe Dimmick expuso en breves razones que la casa era de «El Viejo», y que, invocando el Poder Divino, si de él se tratara convidaría a quien le pareciese, aun cuando haciéndolo pusiera en peligro su salvación. Los Poderes del Mal, añadió, además, lucharían en vano contra él.

Todo esto dicho con una sequedad y vigor perdidos en esta traducción.

—Naturalmente... seguro... esto es —dijo «El Viejo» frunciendo también el ceño—. No hay dificultad en ello. Es mi casa; he levantado todos sus maderos por mí mismo. No le temáis, muchachos. Tal vez grite un poco, como hacen las mujeres, pero volverá a las buenas.

«El Viejo» fiaba, para sus adentros, en la exaltación del licor y en el poder de un valeroso ejemplo para sostenerse en semejante aprieto.

Dick Bullen, oráculo y cabeza de Simpson's Bar, no había hablado aún. Pero en aquel momento se quitó la pipa de los labios.

—«Viejo», ¿y cómo sigue tu hijo Johnny? Parecía algo enfermizo la última vez que le vi en el camino tirando piedras a los chinos. Y, además, se diría que no le interesaba mucho su tarea. Ayer pasó por aquí una tropa de ellos, ahogados en el río, y pensé en Johnny. ¡Cómo los echará de menos! ¿No estorbaremos si está malo?

El padre, visiblemente afectado, no sólo por este cuadro patético de lo que perdía Johnny, sino también por tan circunspecta delicadeza, se apresuró a asegurarle que el niño estaba mejor y que un poco de fiesta podría animarle.

Entonces Dick se levantó y, desperezándose, dijo:

—Ya estoy. Enséñanos el camino, «Viejo». Allá vamos.

Y con un salto y su aullido característico, colocose en cabeza y se internó en la noche.

Al atravesar el establecimiento, tomó del hogar un tizón ardiente, acción que repitieron los demás de la partida, que le seguían de cerca dándose codazos; y antes de que Thompson, el asombrado propietario del almacén, se diera cuenta de la intención de sus huéspedes, la sala estaba ya desierta.

La noche era oscura como boca de lobo. A la primera ráfaga de viento las improvisadas antorchas se extinguieron, y únicamente los rojos tizones, oscilando en las tinieblas como fuegos fatuos, indicaban su camino.

Éste les conducía cañada del Pino arriba, a cuya entrada se alzaba, pegada a la ladera, una ancha, pero baja cabaña con el techo de corteza de árboles.

Era el hogar de «El Viejo» y a la vez, entrada de la mina en que trabajaba cuando trabajaba algo.

Aquí la comitiva se detuvo un momento por delicada deferencia al anfitrión, que llegó jadeante desde la retaguardia.

—Puede que hicierais bien en aguardar un segundo aquí fuera, mientras yo entro y veo si todo está en orden —dijo con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

La indicación fue aceptada; la puerta se abrió y cerró tras del anfitrión, y sus compañeros, pegándose de espaldas a la pared y cobijándose bajo el alero del tejado, esperaron aguzando el oído.

Durante algunos momentos no se oyó más sonido que el gotear del agua y el crujir de las ramas por encima de sus cabezas.

Al fin los mineros comenzaron a inquietarse y se fueron comunicando sus suposiciones y sospechas, que pasaban de uno a otro.

—Apuesto a que para empezar ya le ha roto la cabeza.

—Le habrá metido en el túnel y allí le va a dejar enterrado.

—Debe tenerle en el suelo para sentársele encima.

—Probablemente está hirviendo algo para echárnoslo; apartaos de la casa, muchachos.

Cabalmente en este momento crujió el pestillo, abriose despacio la puerta, y una voz dijo:

—Entrad.

La voz no era la de «El Viejo», ni tampoco la de su mujer. Era una voz infantil, cuyo débil timbre quebrantaba aquella ronquera antinatural, que sólo pueden dar la vagancia y una prematura seguridad en sí mismo.

Levantábase hacia ellos la cara de un niño, una cara que podía haber sido bonita y aun distinguida a no oscurecerla

por dentro las maldades aprendidas y la suciedad y la vida dura por fuera.

Envolvía sus hombros una manta, y sin duda acababa de levantarse de la cama.

—Entrad —repitió— y no hagáis ruido. «El Viejo» está allí hablando con madre —prosiguió señalando un cuarto adyacente que parecía ser una cocina, desde la cual la voz de su padre llegaba en tono suplicante—. Déjame —añadió refunfuñando y dirigiéndose a Dick Bullen, que le había cogido envuelto en la manta y fingía quererle echar al fuego—. ¡Suéltame, maldito viejo loco! ¿Oyes?

Así conjurado, Dick Bullen, reprimiendo la risa, dejole en el suelo, mientras que los hombres entraron silenciosamente colocándose en derredor de una larga mesa de toscas tablas que ocupaba el centro de la habitación.

Después Johnny encaminose gravemente hacia un armario y sacó varios objetos que colocó sobre la mesa.

—Aquí hay *whisky* y bizcochos; arenques ahumados y queso. (En su camino hacia la mesa dio un mordisco a este último.) Y azúcar. (Sacó con mano muy sucia, un puñado.) Y tabaco. En la alacena encontraréis manzanas secas; pero a mí no me gustan. Llenan demasiado. Ahí lo tenéis todo —terminó— y, ahora, adelante y no temáis: yo no hago ningún caso de la vieja. No es nada mío. Hasta luego.

Se había retirado al umbral de un reducido cuarto, apenas mayor que un armario, separado de la habitación principal por un tabique, y en cuyo oscuro interior se veía una pequeña cama.

Allí quedó un momento observando a los invitados, con los desnudos pies que le salían por debajo de la manta, y movió la cabeza.

—¡Hola, Johnny! ¿No irás a acostarte otra vez? —dijo Dick.

—Sí voy —respondió el niño con decisión.

—¿Qué te pasa?

—Estoy malo.

—¿Cómo malo?

—Tengo fiebre. Y sabañones. Y reuma —contestó Johnny. Y desapareció entre las sábanas. Después de una pausa momentánea, añadió desde la oscuridad y al parecer debajo del cobertor—: Y bilis.

Hubo un silencio embarazoso. Los hombres se miraron entre sí y luego al fuego.

A pesar del apetitoso banquete que se les presentaba, parecía que fueran a caer de nuevo en el desaliento del almacén de Thompson, cuando la voz quejumbrosa de «El Viejo», incautamente elevada, llegó desde la cocina.

—Seguro... Es mucha verdad... Claro que lo son. ¡Una cuadrilla de holgazanes y borrachos vagabundos!... y ese Dick Bullen es el peor de todos. No se les ha ocurrido más que venirse aquí, habiendo en casa un enfermo y sin que tengamos provisiones... Ya se lo decía yo... «Bullen», le he dicho, «¿es que estás borracho o loco para pensar en tal cosa?...» ¿Y a Staples? «Pero hombre» le advertí «¿intentas convertir mi casa en un infierno, teniendo a mi niño malo?» Pero quisieron venir, lo quisieron. Esto es todo lo que puede esperarse de esa gentuza que tenemos en el campamento.

Una estertórea carcajada de los aludidos siguió a estas desafortunadas palabras.

Sea que fuera oída en la cocina, o que la iracunda compañera de «El Viejo» hubiese apurado todos los restantes modos de expresar su desprecio e indignación, lo cierto fue que cerraron de súbito y con gran violencia una puerta trasera.

Un momento después reapareció el anfitrión, ignorando por fortuna la causa del último estallido de hilaridad y sonriendo dulcemente.

—La vieja decidió ir a pasar un rato con Mrs. Fadden —dijo a modo de explicación y con aire indiferente, al sentarse a la mesa.